

EL ENCANTO DE LA SERVIDUMBRE

Los que han estudiado serena y desapasionadamente a la esclavitud han llegado á la conclusión de que debe de tener sus encantos. Se observa, por lo menos, que de ordinario los esclavos mismos son los menos interesados en su propia emancipación si es que no resisten á ella y que la libertad es un bien que sólo estima, y no siempre, quien la ha perdido y no quien nunca gozó de ella.

Es cosa sabida que durante la guerra de Secesión entre los Estados del Norte y los del Sur de la unión anglo-americana, guerra ocasionada por el proyecto de abolición de la esclavitud, los más de los esclavos de los ricos plantadores del Sur estaban del lado de sus amos. Y todavía se puede leer los alegatos de los juristas — que así como empezaron siendo mejores militares eran más hábiles abogados y más sutiles sofistas: que los del Norte — en demostración de que el negro esclavo de la Luisiana ó la Florida ó la Georgia ó la Virginia estaba mejor que el obrero blanco y libre del Massachusset. Claro está que los negros libres de la actual República norteamericana sentirán de otro modo que sus abuelos sentían. Hay bienes, y entre ellos la libertad, que hoy son un lujo costoso para un pueblo y mañana serán de primera necesidad. Pero entonces las fáciles sentimentalidades de la Beecher Stowe, la autora de *La cabaña de Tom*, eran fácilmente refutadas.

Recordemos el ejemplo del Paraguay. Los jesuitas convirtieron gran parte de él en una especie de Arcadia feliz. Pero una Arcadia feliz en que los pobres guaraníes, bien criados y mantenidos y asistidos, acababan por morir de hastío. Hoy se cree que si Carlos III, al suprimir la Compañía de Jesús en todos los dominios españoles, no acaba con aquello habría ello acabado por despoblación. La vida les era tan fácil y poco costosa que no tenían aliciente para vivir. No vivían; les apacentaban. A aquella pobre gente, así educada, la cogió luego Gabriel Rodríguez Francia, el terrible y genial dictador, el tirano sin espada, el abogado mestizo y misógino, y la tuvo largos años en su puño. Nadie se le rebelaba. ¿Y para qué? Rodríguez Francia era, á su modo, honrado; todas las libertades que conculcaba eran puros lujos, porque un pueblo sin conciencia y analfabeto no necesita libertad ni de conciencia ni de imprenta y así de las demás, y encima se complace, por envidia demagógica, en que se oprima á los libres. Rodríguez Francia, como perro de presa, velaba á la puerta de su patria para que no le rompieran la perpetua siesta á su pueblo. Y apacentaba á éste. Y á Rodríguez Francia siguió el tirano López. Pero cuando la triple alianza del Brasil, la Argentina y el Uruguay se echó sobre el Paraguay tiranizado para libertarlo rompiéndole su siesta, aquellos guaraníes se defendieron como leones, brava y resueltamente. ¿Heroísmo?

¿Y quién sabe qué es eso de heroísmo? Puede resultar que un pueblo peleee heroicamente y se deje diezmar y más que diezmar, quintar y hasta reducirse á menos de la mitad por defender sus cadenas, lo que otros pueblos estiman que es su esclavitud. Puede darse el caso también de que un pueblo estime cierta democracia igualitaria, cierto igualitarismo ó ya cierto encasillamiento que le fije á cada uno sus derechos y deberes más que la libertad, que es el esfuerzo personal para crearse los propios derechos sobre los propios deberes.

Y si del Paraguay pasamos á la Argentina, veremos que aquellas libertades por que peleaban los *inmundos, salvajes unitarios* — que así les llamaban los otros —, los europeizantes, con Sarmiento á la cabeza de ellos, contra el tirano Rosas, ídolo del pueblo, eran libertades de lujo entonces. Lo popular era la tiranía de Rosas; era lo demagógico. Y los unitarios tenían que aparecer como unos pedantes y unos retóricos para los trogloditas gauchescos de la tiranía federal de Rosas. Porque la libertad política es, en sus comienzos, una pedantería y una retórica. Todo progreso espiritual y liberador es retórica.

Los pueblos apolíticos, inciviles, por cultos que sean y adelantados que estén en ciencias, artes, industrias y comercio, no sienten la necesidad de la libertad política, civil. Substitúyenla con la organización disciplinaria. Y no comprenden la necesidad que sienten otros pueblos de discutir libremente los acuerdos del que manda, y de rechazarlos aunque con ello mermen el puchero. El espíritu ático es algo que jamás comprenderán ni sentirán los beocios y los lacedemonios. Harmodio y Aristogitón serán un enigma para ellos.

Y es que el hombre empieza siempre y acaba muchas veces — tal vez las más — siendo un animal doméstico, lo mismo que el caballo ó el buey ó el cordero. Un animal doméstico de otros hombres, en el fondo tan animales y tan domésticos como él. Sólo pide que le apacienten y le abriguen y le esquilen bien. Si le tienen gordo y lucio, ¿para qué más?

Decía Maquiavelo que el que engaña hallará siempre quien se deje engañar. Podemos decir que el que domeña y tiraniza hallará siempre quien se deje domeñar y tiranizar. Más aun, quien vaya á suplicarle que le tiranice y domeñe. Porque la esclavitud y la servidumbre no nacieron tanto del instinto de dominio y señorío del amo cuanto del instinto de sumisión y servilidad del siervo. Fué, sin duda, un pobre hombre sin voluntad propia, un esclavo natural, el que primero fué á busca de un amo á quien servir. Y acaso le obligó á servirle de amo á otro hombre de alma de esclavo como él. Y así se esclavizaron mutuamente en cierto modo. Que de la misma manera se hacen el tirano y el esclavo, y lo que liberte á éste de su esclavitud libertará de su tiranía á aquél. Todo tirano tiene alma de esclavo y todo esclavo tiene alma de tirano. La diferencia es cuestión de ocasión, de fuerza y de azar.

Corriendo los tiempos el tirano-esclavo ha llegado á proclamarse á muy altas voces, para ver si así se convenía á sí mismo, sobrehombre, es decir, no hombre, inhumano. Y el esclavo tirano puede proclamarse bajo-hombre ó sub-hombre. Y lo mismo da una que otra cosa. Lo libre es ser hombre, todo un hombre, nada menos que todo un hombre y no estar ni por encima ni por debajo de la humanidad. Porque la libertad y la dignidad humanas lo mismo se pierden por encima que por debajo. Es como ser semidios, que equivale á ser semi-hombre. O todo hombre ó todo dios ó todo dios y hombre á la vez, como del Cristo dice la teología, pero no mitad hombre y mitad dios. Eso es una monstruosidad como la del centauro á quien deben despreciar los hombres y los caballos.

Sir Teodoro Cook, en su libro *La señal de la Bestia (The Mark of the Beast)* dice que la pretensión de ser sobre-hombre — ó sea raza superior y pueblo escogido — proviene de «un pueblo esencialmente servil... que prefirió un policía á una política y un príncipe á cualquier principio» — *a policeman to a policy and a prince to any principle* —. Y de hecho la señal del pueblo con alma de esclavo ó de rebaño es su desinterés por la política, su apoliticismo, su desdén al Parlamento y todo lo que distingue á nuestros neutros, á esos neutros tan fustigados por Costa antaño y por Maura hogaño.

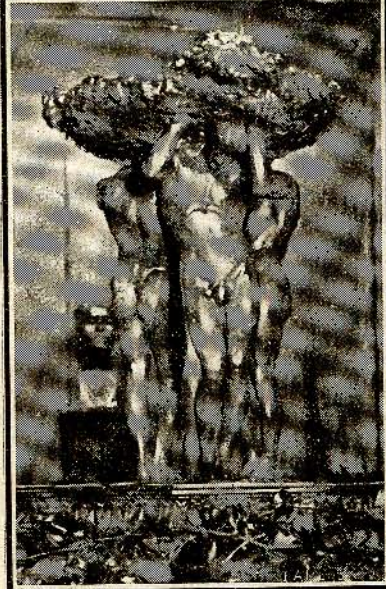
Ved un pueblo que, según su reglamento de 1871, debe tener un diputado por cada 100.000 habitantes y, teniendo 60 millones, no tiene sino 397 diputados. En 1878 su Parlamento rechaza la ley contra los socialistas y es disuelto. En 1888 se propone esta cuestión: «¿ejército imperial ó ejército parlamentario?»; en vez de conceder los créditos militares por cinco años, los vota por tres y es disuelto. En 1893 rechaza créditos para armamentos y es disuelto. En 1907, al rehusar votar gastos para política colonial, nueva disolución. En 1908 protesta de palabras indiscretas del soberano y éste proclama el 25 de Agosto de 1910 que no ha recibido el poder sino de Dios y no del Parlamento ni del pueblo ni de las decisiones de los mandatarios. En 1913 protesta el Parlamento de inciviles ó inhumanos atropellos de la soldadesca oficial en tierra conquistada é invita por 293 contra 54 votos al mandatario del soberano á que se vaya y el soberano le mantiene y decora á los oficiales culpables de lesa civilidad humana ó de lesa humanidad civil que es lo mismo. Y todo esto ha ocurrido en un pueblo que se bate tan heroicamente — admitamos la palabra con todo su sentido pagano — como se batieron los pobres paraguayos del tirano López para defender su modorra incivil, que creían ser su existencia: la modorra que había hecho la Arcadia feliz de las misiones jesuíticas.

¿Y todavía habrá quien dude en que otra vez están en lucha la libertad y el absolutismo! Y la libertad y el absolutismo tal y como los entendían aquellos nuestros nobles y candorosos abuelos de los tiempos de Fernando VII *el Descado*, aquellos los serviles y liberales, los cristinos y carlistas de algo después.

Vuélvese á oír otra vez más los mismos, exactamente los mismos argumentos que el animal doméstico y organizable, el miembro de rebaño que llevamos todos dentro ha esgrimido siempre contra los que le querían hacer que adquiriese el bien de la libertad, que es tan caro, contra los que la querían llevar á que fundase la conciencia de sus derechos sobre la de sus deberes adquirida por sí mismo en su relación social con los demás. Porque hay una eterna verdad en el fundamento del Contrato Social de Rousseau y en la declaración de los derechos del Hombre, en aquellos imprescriptibles é inalienables derechos individuales que constituirían el nervio de la generosa y fecunda retórica de nuestros progresistas de antaño.

Todo vuelve y no hay torpeza mayor que declarar pasada de moda á doctrina alguna.

(*Nuevo Mundo, Madrid*)



2 marzo 1917.
LA FUENTE DE LOS ESCLAVOS
Escultura de la yanqui Mis Gertrudí Whitney